



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 10.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

Pio IX, por D. A. G. G.—Una herencia de llanto, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—Los lirios del Camposanto, poesia, por D. Teodosio Vesteiro Torres.—Solo un Dios y solo un culto, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—Seccion para los niños: El rescate de un cautivo, por id.

PIO IX.

Si estas consideraciones eran ó no ciertas, pruébanlo los sucesos posteriores á aquel tiempo. El folleto ultra-regalista de Eydel, la nueva invasion del Austria, su cobardía ante los ejércitos de Napoleon, la ocupacion reciente de Roma por Victor Manuel, son una demostracion de la prevision extraordinaria y del sentido político de nuestro venerado Pontífice. La senda que emprendió era la única conforme con las calamitosas circunstancias que le rodeaban, la única prudente, la única posible.

Algo habia de justo en las exigencias de ciertas reformas, aunque mucho era digno de enérgica censura; lo conveniente era, por tanto, reformar lo que la época razonablemente pedia y oponerse á las insensatas aspiraciones del liberalismo. Si la Iglesia católica era acusada de intransigencia, respecto de ciertas fórmulas polí-

ticas, era indispensable probar que la Santa Sede solo condenaba el dogmatismo liberal, pero que coexistia con todas las formas de gobierno. Con esta conducta además, se prevenia la maliciosa objeccion que los revolucionarios presentaban al papado, declarándole incompatible con la civilizacion de nuestro siglo, porque aparecia claramente que esta oposicion nacia del fondo de las doctrinas y no de la organizacion social; era la oposicion al reinado del error y del orgullo en nombre de la soberania de Dios. Por otra parte ¿no hubiera sido peligroso el sostener la necesidad de ciertas instituciones y condenar absolutamente como anti-católicas las nuevas ideas cualesquiera que fuesen. El resultado inmediato de esta política seria declarar acabada en la tierra la soberania del papado, cuando los golpes de la revolucion destruyeran los antiguos poderes sociales: asi la humanidad quedaba huérfana y amenazada de una muerte inevitable. Esto no lo debia querer la Iglesia romana, y no lo quiso.

El valor y la serenidad del Papa Pio IX salvaron el mundo. Aquel varon esforzado entró decididamente por el camino de las reformas. El Estatuto fundamental, la Consulta de Estado y la guardia cívica, probaron á Europa el espíritu de

decorosa tolerancia que animaba al gran Pio, así como su resolución de conservar incólume el patrimonio temporal de Pedro. En el preámbulo del Estatuto decía el Papa: «Y como en nuestra sagrada soberanía es imposible separar el interés temporal de la prosperidad interior, y el otro interés mas grave aun de la independencia política del Jefe de la Iglesia, por la cual se ha conservado la independencia de esta parte de Italia; no solamente nos reservamos para Nos y para nuestros sucesores la sancion suprema y la promulgacion de todas las leyes, que serán deliberadas por los sobredichos Consejos (los que componian la Consulta), y el pleno ejercicio de la autoridad soberana sobre los puntos respecto á los que nada se disponga en el presente acto, sino que intentamos tambien sostener nuestra autoridad en todas las cosas relacionadas con la religion y moral católica. Nos debemos esta garantía á la cristiandad entera, á fin de que la libertad y los derechos de la Iglesia y de la Santa Silla no sufran menoscabo en los Estados de la Iglesia, constituidos bajo de esta nueva forma, para que no se dé ejemplo ninguno que dé margen á violar la santidad de esta religion, que Nos tenemos el deber y el precepto de predicar al universo, como el único símbolo que es de la alianza de Dios con los hombres, como la única prenda de la bendición celestial, por la que viven los Estados y las naciones florecen.» El Santo Padre salvó de esta manera los principios del catolicismo, dentro de los nuevos moldes de la vida moderna. Hasta aquí era posible una transaccion con las necesidades de la época; avanzar mas hubiera sido destruir el Pontificado.

La revolucion pidió nuevas concesiones: Parma proclamó su independencia; entonces Gavazzi y Cicervachio pronunciaron sus demagógicos discursos en el coliseo de Flavio, se pidió la declaración de guerra al Austria, se cambió el ministerio, entrando en el del Interior Manciani, uno de los tribunos de la demagogia; al poco tiempo fué sustituido por el que formó Rossi, vilmente asesinado en el patio de la cancilleria, y se alzaron los republicanos en Nápoles y en Toscana y en Módena y en Luca, y la revolucion llegó hasta el Quirinal, y el Papa huyó á Gaeta. A todas las pretensiones de los clubistas, contestó siempre Pio IX *Non possumus*; aquí ya no era posible transigir y no transigió.

La intervencion de las potencias católicas en 1849, gloriosamente iniciada por el gobierno español de aquella época, sofocó el motin socialista de Roma y restableció el poder temporal del Papa. No es nuestra mision hacer historia, pero

si debemos consignar que el inmortal Pio IX ha seguido despues la misma conducta. El *Syllabus* de 1864 así lo demuestra; en él están consignados los principios religiosos y políticos que profesó constantemente como Pontifice y como rey. Es verdad que no pudo evitar que la revolucion le arrancara de la capital del mundo cristiano; pero ¿hubiera sido mas provechosa en resultados una política de resistencia? La historia responderá. Si el espíritu religioso se debilita, tambien los monarcas se convierten en Césares, y tan perjudicial es entonces la tiranía de uno, como ahora el caciquismo de unos pocos. La política de resistencia es oportuna cuando está encarnada en el corazón de las naciones; en otro caso suele ser la voz que llama á la revolucion.

El profundo filósofo P. Balmes decía á este propósito: «Considero como una empresa peligrosa sí, pero noble, digna de un alma grande, el hacer á su tiempo las debidas reformas, manifestando que no se teme el movimiento de la época, para atraer á todos los espíritus nobles, persuadiéndoles que en la religion no hay nada que se oponga al buen orden en la administracion, al progreso material, al desarrollo de la inteligencia, al ejercicio de la libertad política; que entre las formas humanas que caducan y se arrumban, no debe ser contada la religion católica; y que ella, con sus dogmas, su moral, su gerarquía, su autoridad, puede permanecer ilesa en medio de las vicisitudes de los imperios; que puede plantar la cruz sobre el palacio de los césares, como sobre las Asambleas populares; que puede unguir á un monarca bajo las bóvedas de un templo gótico, ó bendecir un camino de hierro; que puede ser heroica bajo la coraza de un cruzado, ó la humilde toca de una hermana de la caridad; que puede defender á un rey contra las banderas de Napoleón, ó la libertad republicana en las banderas del Soudarbund.»

Este es el glorioso Pontifice que rige en nuestro siglo la Iglesia. ¿Habrá alguien que no le admire? No es posible; sus hijos los cristianos le consideran como un padre, los infieles como un amigo cariñoso. Su figura es tan imponente como las de Gregorio VII ó Leon X: la tiara que ciñe su venerable cabeza no puede rodear la de otro Papa mas gigante. Hoy que se cumple el trigésimo aniversario de su exaltacion al sòlio de Pedro, resuene en el mundo un grito de universal contento, y pidamos al Todopoderoso que corone el edificio construido por su vicario antes que llegue el momento de llevarlo á la gloria en premio de sus virtudes.—*Accelera domine, ut eruas nos.*—A. G. G.—Junio 15 de 1876.

## UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(CONTINUACIÓN)

—Ya sabes que eres mi vida, y que serás mi esposa el día que, venciendo ese extraño temor, me dejes revelar a tu padre nuestros amores, y pedirle tu mano.

—Mi padre no cedería a tu pretension y y me ordenaría no verte si hicieras tal, murmuró tristemente la hermosa niña.

—¿Y por qué? la nobleza de mi familia es tan antigua como la tuya; nuestra fortuna....

—Oh! no hablemos de eso, Rafael.

—Es que no veo el motivo de tus dudas, es que....

—No es por tu posición ni por tus riquezas por lo que te rechazaría mi padre.

—Entonces....

—Es que no consentirá jamás en que dé a nadie el título de esposa.

—¿Cómo!

—Así es la verdad.

—¿Quiere tenerte siempre a su lado?

—No sé.

—Si eso fuera, ¿qué importaba? viviríamos siempre junto a él, y si tus cuidados y tu cariño le hacen falta seríamos dos en vez de uno para asistirle y amarlo.

—No insistas, Rafael; yo sé que sería inútil.

—Si tu felicidad está en mi cariño, tu padre cederá, no lo dudes. ¿Por ventura no te ama él, no eres su hija predilecta?

—Margarita miró al joven con expresión indefinible, pero con tristeza infinita.

—Después murmuró muy bajo como si hubiera temido que el eco de sus palabras fuera repetido por las brisas de su pequeño jardín.

—¿Es tan severo conmigo!

—¿Él?

—Oh! sí; jamás he querido hablarte de esto porque temo ofender a mi pobre padre; pero soy tan desgraciada!

—¿Tú, amor mío?

—Vivo tan sola, tan aislada! jamás escucho una frase de cariño, jamás recibo una prueba de interés de cuantos me rodean.

—Margarita....

—Mi hermano pasa la mayor parte del tiempo en la corte, y cuando vuelve apenas permanece un día a nuestro lado; su afición a la caza le tiene siempre en los montes con sus amigos, contigo mismo.

—Sí, es cierto; pero....

—Mi padre está enfermo, muy enfermo hace

algunos años, ya lo sabes: su dolencia acaso le tiene siempre colérico, exasperado: a veces, lejos de consolarle parece que mi presencia le molesta.

—¿Es posible?

—No sé qué secreto pesar le agobia y turba a veces su reposo. ¡Oh! mi padre tiene penas, no lo dudes, penas que le oprimen y le hacen sufrir aun durante su sueño.

—¿Cómo! ¿tú sabes....?

—Yo le amo con toda mi alma; daría mi vida por él y sin embargo....

—¿Qué?

—Temo ser la causa de su pena.

—¿Tal! ¿por qué supones....?

—Algunas noches le oía agitarse en su lecho cuando por efecto de su mal me quedaba velando a su lado.

—Sigue.

—En su agitacion mi nombre se escapaba a veces de sus labios; le repetía sin cesar doblándose entonces su inquietud y los suspiros de su pecho. Una noche, aun lo recuerdo con terror, soñaba sin duda, y su sueño debía ser terrible porque daba gritos inarticulados y agitaba sus manos, como intentando apartar de sí una espantosa aparicion. Yo me acerqué traté de despertarle, de volverle a la realidad; pero al escuchar mi voz gritó mas fuerte y en medio de su estravío, pronunciaba palabras de un significado extraño é incomprendible para mí.

—¿Y esas palabras....?

—Eran las de *Margarita.... perdon.... esa niña me aterra: su presencia me mata siempre, siempre!....* yo no sé si el infeliz deliraba; solo atendía a calmarle, a disipar su afan.

—¿Es extraño!

—Cuando logré despertarle de un todo, me preguntó el tiempo que estaba allí: no pude precisárselo, pero habian sido para mí tan largos aquellos instantes de angustia que le dije que mucho, mucho tracia. —¿Y por qué has venido? me dijo con acento casi colérico, ¿por qué has venido sin que yo te llame?—Señor, le respondí; oí á V. suspirar, dar gritos, y vine....—¿Me has oído? exclamó con violencia; ¿me has oído cuando soñaba? y.... ¿qué he dicho, qué he dicho, Margarita?—Palabras vagas y sin sentido alguno, me apresuré á contestar; yo no las recuerdo, ¿estaba tan turbada!—No vuelvas jamás a entrar en mi estancia, oigas lo que oigas, me dijo; no lo olvides, no vuelvas a entrar sin que yo te llame. Prometí obedecerle; pero a pesar de mi sumision, comprendo que teme que contrarie su mandato; me observa de continuo, expia mis miradas, mis palabras: siente que me aleje de su

lado, y me pide estrecha cuenta de los momentos que estoy fuera de su estancia: parece que mi presencia le contraría, y que le contraría también perderme de vista un solo instante. ¡Oh! Rafael, Rafael, yo no comprendo nada de esto; yo no me lo explico sino suponiendo que la luz de su razon empieza á vacilar, que su cabeza se trastorna, y esta idea me espanta. ¡La locura! ¿Hay cosa mas horrible que la locura?

—Pero el doctor....

—El doctor dice que mis temores son absurdos, que goza por completo de su juicio, y á pesar de esto yo dudo y me confundo y soy muy desgraciada.

—Cálmate, Margarita; yo te amo, quiero que seas feliz y juro ante Dios que lo serás: mañana mismo pediré tu mano y escudada por mi cariño....

—No, por Dios no hagas tal cosa; yo sé que es inútil. Mi hermano le habló de mi suerte, de mi porvenir, de la probabilidad de un enlace ventajoso, y ¿sabes qué respondió, Rafael?

—Dí.

—Margarita no se casará nunca, es imposible: no pienses jamás en ello; vivirá conmigo mientras yo exista; y luego.... luego irá á tomar el hábito en un convento de religiosas, porque esta es mi irrevocable voluntad.

El rostro de la niña estaba bañado en lágrimas al decir estas palabras, y el jóven la miraba con asombro.

Él iba á contestar protestando contra lo que acababa de oír, cuando un ruido de pasos se dejó sentir por la calle de árboles mas próxima.

Margarita se estremeció: en el temor que le inspiraba su padre pensó que era él que venia á castigarla por haber proferido aquellas palabras que se habian escapado de sus labios entre el ensueño ó el delirio, sin recordar que el Sr. de Enriquez, paralítico y enfermo, no podia moverse de su sillón.

Volvió los ojos con espanto y halló á Martin que se acercaba con aire tranquilo y lleno de calma.

—¡Oh! mi padre....? le preguntó ella rápidamente.

—Le he dejado ya; pero como decia, no ha echado á V. de menos, se lo juro.

—¿No ha notado mi ausencia?

—De ningun modo.

—Gracias á Dios; pero ahora que está solo, Rafael, me alejo.

—¿Tan pronto?

—Es forzoso.

—¿Cuándo te volveré á ver?

—No sé: si esta noche se entrega temprano al

reposo estaré en mi balcon al salir la luna.

—No faltaré.

—No, no faltes; quiero pedirte que me perdones por haber admitido tu amor, teniendo tan pocas esperanzas de darte la felicidad en él; pero mi corazon necesitaba un poco de ternura y acepté la tuya, fiando el porvenir á Dios.

Margarita no pudo decir mas, porque un criado vino á decirle que la llamaba su señor.

La jóven le siguió, separándose de Rafael que se alejó con el guarda-bosque.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## LOS LIRIOS DEL CAMPOSANTO.

I.

Con el alma dolorida  
Llevo mis pasos inciertos  
—¡Desencanto de la vida!  
Á la mansion de los muertos.  
Vagando entre sepulturas,  
Monumentos del olvido,  
Menguarán las amarguras  
De un espíritu abatido....  
Abatido y desolado  
Por la mundana falsía,  
Hoy sepulcro malhadado  
De esperanza y de alegría.  
La trova de sus martirios,  
De sus dolores el canto,  
Óiganlo solo los lirios...  
¡Los lirios del Camposanto!

## II.

De ciprés la leve sombra  
Apenas aquí declina,  
Bordando la humilde alfombra  
De azucena y perpetuina.  
Las flores de los amores  
Fértil ostenta la tierra,  
Simbolizando las flores  
Que bajo mirtos encierra.  
Mirtos tal vez renacidos  
De la vida entre los huertos,  
De los huertos desprendidos  
Para el jardin de los muertos.  
Al soplo fugaz del aire  
Pierden las rosas sus hojas...  
¡Qué efímero es el donaire  
De esas corolas tan rojas!  
Aquí su aroma suave,  
Antes de ser, ya se pierde...

Aquí no gorgea el ave,  
 Y el ave cruza entre el verde.  
 De sus primores desnuda  
 Parece la tierra inerte:  
 Aquí la vida está muda,  
 Aquí solo habla la muerte.  
 Y del alma los delirios  
 Aquí se complacen tanto,  
 Que vé con solaz los lirios...  
 ¡Los lirios del Camposanto!

## III.

Soledades y memorias  
 Fijan aquí su morada;  
 Aquí se pesan las glorias,  
 ¡Ay! las glorias de la nada.  
 Las glorias de nuestra vida...  
 ¡Ilusiones é ilusiones!  
 ¡Llama falaz encendida  
 Al fuego de las pasiones!  
 Ensueños y desvarios  
 De placeres y de amores...  
 ¡Lécho de cactus impíos  
 En perspectiva de flores!  
 Juventud embebecida  
 Con los lauros del talento...  
 ¡Ah! qué guirnalda perdida,  
 Perdida en alas del viento!  
 Todo pasa, todo pasa  
 Como juego de la suerte:  
 Es un recuerdo que abrasa,  
 El recuerdo de la muerte.  
 Y la muerte es el consuelo  
 Para el alma acongojada...  
 ¡Arcanos son de este suelo,  
 Misterios de nuestra nada!  
 ¡Sombras, cual sombras de cirios  
 Entre ataúdes y acanto!  
 Sombras no mas, cual los lirios...  
 ¡Los lirios del Camposanto!

## IV.

Amo estos lirios benditos  
 Que al pié de la tumba nacen,  
 Y ante la tumba marchitos,  
 Donde brotan se deshacen.  
 Amo estos lirios que pintan  
 En sus cálices violados  
 Los aljófares que encintan  
 Musgos de fúnebres prados.  
 Amo estos lirios que viven  
 De los restos de la nada,  
 Y la existencia reciben  
 De otra existencia pasada.  
 Amo estos lirios que esconden

En cementerios desiertos  
 Imágenes que responden  
 Á la imágen de los muertos.  
 Amo estos lirios que arroban  
 Con el mas tenue perfume,  
 Que los céfiros no roban  
 Porque la tumba consume.  
 Amo estos lirios que viste  
 El sol de matiz oscuro,  
 Como el crepúsculo triste  
 Y como la noche puro.  
 La trova de mis martirios,  
 De mis dolores el canto,  
 Óiganlo solo los lirios  
 ¡Los lirios del Camposanto!

## V.

En vano buscan mis ojos  
 Entre cruces, mirto y rosa,  
 Huérfano triste de hinojos  
 Sobre una gélida losa.  
 Amante, amigo y esposo  
 Huyen la paz funeraria  
 De este lugar de reposo  
 Do viertan una plegaria.  
 ¡Qué soledad! Desde el mundo  
 No llega aquí una memoria,  
 Fuera del eco profundo  
 De campana mortuoria.  
 Mientras caliente palpita  
 El que trueca la partida,  
 Tal vez el bronce suscite  
 Las lágrimas de la vida.  
 Despues... despues ya no zumba  
 La voz funeral del templo:  
 Enfria entonces la tumba,  
 Y enfria el vivo á su ejemplo.  
 Seca el llanto, el labio calla,  
 Y en estos lares oscuros  
 Solo suena el mar que estalla  
 Ante sus lúgubres muros.  
 Y las brumas de la noche  
 Velan no mas con su manto  
 Lirios de cárdeno broche...  
 ¡Los lirios del Camposanto!

## VI.

Dios mio! ¡Qué triste suerte  
 La suerte de los mortales!...  
 ¡Cómo se olvida la muerte  
 Con los goces mundanales!...  
 Y soñaron mis antojos  
 Que de la parca á los tiros  
 Brotaban llanto los ojos  
 Como los labios suspiros;

Y en esa ilusion tan loca  
 Forjé en mi tumba una palma,  
 Y la oracion en la boca,  
 Y la memoria en el alma.  
 ¡Delirante fantasía,  
 Que aquí mas cariño fragua  
 Que aromas de flor de un dia  
 Y que los besos del agua!  
 ¡Oh! Por doquiera el olvido  
 Que al corazon tanto angustia!...  
 —¿Por qué no habrán recogido  
 Esa corona ya müstia?  
 Es el presente obligado  
 De la fiesta de los muertos...  
 Jamás la habrán renovado...  
 ¡Son tan tristes los desiertos!...—  
 No ostente mi sepultura  
 Flores de falso quebranto!  
 Yo quiero ofrenda mas pura...  
 ¡Los lirios del Camposanto.

## VII.

Benditos lirios, que dais  
 Vuestra esencia funeraria  
 Á las tumbas que velais  
 Entre mirto y pasionaria:  
 Si al eco de una plegaria,  
 Si de un recuerdo al encanto,  
 En mi ataud suena un canto,  
 Trova de amor y martirios...  
 Oidla solos los lirios...  
 ¡Los lirios del Camposanto!

Teodosio Vesteiro Torres.

## SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

«La idea de qué iba á ser madre llenó mi mente  
 »con pensamientos mas dulces y con esperanzas  
 »mas consoladoras.

«El hijo que Dios me enviaba era sin duda un  
 »lazo mas para unirme á aquel hombre, á quien  
 »yo consideraba un pobre ciego perdido y sin  
 »luz en los caminos de la vida.

«Larga y penosa fué la meditacion en que pasé  
 »la noche.

«Se trataba de mi porvenir, del porvenir de  
 »Héctor, á quien tanto amaba, del de el ángel  
 »que iba á embellecer mi hogar dentro de poco  
 »con sus celestiales sonrisas.

«No pude dormir un momento en aquella an-  
 »gustiosa velada, en que no sabia, á la verdad,

»cuál era mi deber, ni cuál el camino que iba á  
 »seguir.

«Aquellas dos nuevas fases de mi vida, triste  
 »y amarga la una, pura y llena de inefables con-  
 »suelos la otra, se disputaban mi corazón y me  
 »confundian en el inmenso mar de la duda.

«Volverme al lado de mis padres; si éstos con-  
 »sentian en recibirme, era el medio mas sencillo  
 »de volver la paz á mi alma, y de evitar las lu-  
 »chas y los tormentos que veia prepararse para  
 »mí.

«Pero si tal hacia, ¿qué seria de Héctor? ¿qué  
 »seria de mí, que le amaba con tal delirio, y lue-  
 »go, mas adelante, qué responderia al hijo de mi  
 »amor cuando me preguntara qué habia hecho  
 »por salvar á su padre?

«Además Harry, al saber el nuevo vínculo que  
 »nos unia ¿me dejaria partir? ¿consentiria que  
 »me alejase de su lado?

«Yo juzgaba que no, y juzgaba demasiado  
 »bien.

«No sé si fué la voz del deber, no sé si fué la  
 »voz de mi loco cariño la que habló mas alto en  
 »mi corazón, y la que al fin me decidió á que-  
 »darme y compartir la suerte de Harry.

«Tambien allá en el fondo de mi pecho brilla-  
 »ba aun un rayo de esperanza que nada podia  
 »extinguir.

«Y es que la esperanza, puesta por Dios en el  
 »corazón humano, es el ánora que nos sostiene  
 »en el mar agitado de la vida; es la llama que  
 »presta calor á nuestro pecho; es el santo fanal  
 »que nos alumbra y que nos guía.

«Pedí á Dios que me ayudase y juré permane-  
 »cer al lado de Héctor, á quien consideraba mas  
 »desgraciado, cuanto mas torcido era el camino  
 »porque yo le veia seguir.

«Á la mañana siguiente, cuando entró en mi  
 »estancia, le manifesté mi resolucion y le ofrecí  
 »no separar nuestro destino, que Dios habia uni-  
 »do para siempre en este mundo.

«Mi esposo escuchó con gozo estas palabras  
 »y me dió gracias con entusiasmo.

«—«Ahora estoy cierto de tu cariño, me dijo;  
 »estoy cierto de que soy el amor mas grande de  
 »tu corazón.

«—«Sí, le contesté suspirando; te amo mucho,  
 »mucho! tú no puedes medir la intensidad de mi  
 »ternura!

«—«Yo sabré recompensarla, te lo juro; me di-  
 »jo con emocion.

«Desde aquel dia nada turbó nuestra paz. Es  
 »verdad que yo estaba triste, pero le ocultaba  
 »mi tristeza, y uno y otro procurábamos evitar  
 »toda palabra que pudiese hacer referencia á  
 »nuestras creencias y á nuestra fe.

»Pasó algún tiempo.  
 »Mi salud se hallaba alterada á causa de mi estado, y á causa quizá del retraimiento en que vivía, pues ninguno de los amigos de mi esposo podia serlo mio, porque todos me inspiraban desvío y terror.

»Héctor, por su parte, cada vez estaba menos tiempo á mi lado; cada vez permanecía menos en casa, sin que jamás me diera noticias de donde pasaba los dias. Yo tampoco me atrevia á preguntárselo.

»Nuestra diferencia de opiniones habia establecido una terrible valla entre los dos, y á pesar de nuestro afecto temíamos hablar mil veces por miedo de llegar á un punto en que ni uno ni otro podíamos ceder.

»Así es que nuestra vida era violenta.

»Ninguna confianza, ninguna aspiracion hacian nuestra existencia comun.

»Yo no intervenia en ninguno de sus asuntos, y é ignoraba enteramente sus ocupaciones y sus proyectos.

»Él no podia pedirme consejo ni consuelo cuando un contratiempo le abrumaba, porque para hacerlo hubiera tenido que hablarme de cosas que yo no debia escuchar.

»¡Ay! entre nosotros no podia haber esa unanimidad de pensamientos y de deseos que hacen de dos esposos un alma sola partida en dos.

»Aprovechando la libertad que el alejamiento de Héctor me concedia, salia todas las mañanas á misa á la iglesia mas cercana.

»Un dia me atreví á alejarme un poco mas y fui al templo donde mi madre acostumbraba á ir.

»¡Oh! yo queria verla, verla siquiera de lejos! ¡hacia tanto tiempo que mis ojos no se habian fijado en su bondadoso y dulce semblante!

»Me arrodillé en una de las capillas laterales; en una capilla en que se ostentaba la imagen de una Virgen, á la cual mi madre me encomendaba cuando niña, y allí esperé, esperé llorando.

»Á cada persona que atravesaba el dintel, mi corazón latia con tal violencia que parecia que iba á escapármese del pecho.

»Ya iba perdiendo la esperanza cuando la Virgen, oyendo mis súplicas, me dejó ver la figura de una mujer, que se apoyaba vacilante en el brazo de un hombre.

»¡Era mi madre! ¡era tambien el padre de mi alma!

»¡Qué pálida, qué envejecida se encontraba! ¡cuánto daño la habia hecho mi ingratitud.

»¡Y mi padre! ¡ay de mí! su frente estaba cubierta de arrugas y su cabello encanecido.

»Mi madre soltó el brazo de mi padre, que permaneció en su puesto, mientras ella se dirigió á la capilla en que yo me hallaba.

»Una dulce costumbre, ó un instinto acaso del alma, la conducia á aquel sitio. Yo temblaba como la hoja del árbol movida por la tempestad.

»Mis labios trémulos no acertaban á pronunciar una frase, y mis ojos se volvian sin cesar, ya á la santa madre de Dios, ya á la adorada madre de mi alma.

»Ella llegó muy cerca de mí: se arrodilló á mi lado, y dirigió sus miradas al altar.

»Su traje rozaba con mi traje; su aliento hubiera podido agitar el velo que cubria mi rostro, como ella hubiera podido escuchar los latidos de mi corazón, si el fervor de su plegaria no la embargase por completo.

»Yo no sabia qué hacer.

»Hubiera querido arrojarme á sus brazos, pero mil consideraciones fáciles de comprender me lo impedian.

»¡Ay! acaso en aquel momento pensaba en mí; acaso mi nombre se mezclaba en su oracion, porque algunas lágrimas rodaron por sus mejillas lentamente, mientras sus labios se movian y sus manos se cruzaban sobre su pecho.

»Aquel llanto, aquella afliccion me trastornaron por completo.

»Hice un esfuerzo, me aproximé á ella, siempre de rodillas, y con una voz queda y comprimida, dije casi á su oido:

—Madre!

»La impresion que esta palabra produjo en ella fué rápida y terrible.

»Hizo un movimiento tan brusco, que estuvo á punto de caer.

»Despues me miró con afán, y quedo, muy quedo por respeto al lugar en que nos hallábamos; dijo á su vez:

—Hija de mi alma!

»Iba á acercarme, á tomar su mano, pero ella dirigió sus ojos al sitio en que habia quedado mi padre, y exclamó con angustia:

—No, no te muevas: nos veria y quizá no me dejaria volver. Ven mañana, mañana yo vendré sola y me abrazarás y te abrazaré.

»Levantóse al decir estas palabras haciendo un esfuerzo violento, dirigiéndose al sitio que ocupaba mi padre, y ambos salieron del templo mientras yo daba gracias á Dios.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## SECCION PARA LOS NIÑOS.

FLORES DEL CIELO.

## EL RESCATE DE UN CAUTIVO.

(Continuacion).

Pelayo fué conducido á la presencia de Abderraman.

Su blanca frente, tersa como la hoja de la azucena; sus rubios cabellos cayendo en rizados bucles sobre sus sienas; sus ojos negros, rasgados y brillantes, pero de dulcísima y serena mirada, y su boca modelada por la inocencia y el amor, formaban un conjunto tan bello, tan gracioso y encantador, que el rey moro quedó maravillado y absorto contemplándole.

—¿Cómo te llamas? preguntó, suavizando cuanto pudo su voz.

—Pelayo; respondió el niño con dulce acento.

—¿Tus padres son...?

—Una dama hermosa y buena como los ángeles, y un noble y leal caudillo cristiano, hermano del venerable obispo de Tuy, á quien hicisteis prisionero y en cuyo lugar me hallo hoy.

—Tu tío te ha dejado en mi poder.

—Lo sé: cedió á mis instancias, y sobre todo, á la imposibilidad de negarse á tus órdenes. Dejándome aquí tenía la esperanza de salvarme y de salvar al par á sus compañeros; quedándose conmigo se perdían todos sin conseguir nada en mi favor.

—Y bien, dijo el monarca; puesto que la suerte te ha traído aquí, acaso sea mejor de este modo. Tu aspecto me hace interesarme en tu fortuna y si tú quieres puedo hacerte feliz rompiendo tus cadenas, dándote la libertad y colmándote de dones y regalos.

—¿Á mí? preguntó Pelayo con alegría; ¿á mí?

—Sí, escucha; tengo estensos jardines donde crecen y se ostentan las flores mas preciosas, y donde anidan aves mil de variado y rico plumaje; mis esclavas fabrican los dulces mas sabrosos, mezclados con suaves esencias, y en mi palacio hay joyas y galas, y trajes de tal riqueza como tú jamás has podido imaginar. Pues bien, todo esto es tuyo: podrás escojer entre ello lo que juzgues de mas valía desde este mismo momento.

—¿Todo mio! exclamó el niño juntando las manos con asombro y con una expresion de indefinible gozo; ¡oh! flores, pájaros, árboles! poder cerrar, poder ver el sol y la luz! qué bueno sois si me concedéis todo eso!

—Ya te he dicho que sí; pero solo con una condicion.

—¿Una condicion? ¿y cuál?

—Nada mas fácil: que olvides tu religion y adoptes la nuestra.

—¿Olvidar mi religion!

—Abjurar de ella y seguir las leyes de Mahoma.

—¿Yo, yo dejar de ser cristiano? ¿dejar de rezar y de implorar á la Virgen María? no lo esperéis: eso nunca; eso jamás.

Habia tal energia, tal resolucion en el acento y en el ademan de Pelayo, que la frente de Abderraman se contrajo y en sus ojos brilló un relámpago de ira.

Dominóla un momento y exclamó:

—¿Y si yo te lo mando? ¿si á la compasion que me inspira tu corta edad y tu belleza sucede la cólera, y te obligo por fuerza á ceder á mi voluntad.

—¿No podreis lograrlo! respondió el niño moviendo su encantadora cabeza; no podreis lograrlo.

—No despiertes mi enojo, rapaz, no despiertes mi enojo; murmuró el rey con violencia, porque aun hay en mi palacio prisiones mas oscuras que la tuya y esclavos que á una seña mia te azotarán sin piedad.

—Mi cuerpo es vuestro, pero mi alma es de Dios, y aunque está en vuestra mano el atormentarme cruelmente, no lo está el hacer que mi labio pronuncie una palabra, si yo quiero que mi labio permanezca mudo.

Abderraman, ciego de furor, levantó su mano sobre el inocente niño, por cuyas mejillas rodó lentamente una silenciosa lágrima.

—Volvedle á su mazmorra, exclamó el monarca; volvedle á su mazmorra que la sed y el hambre le obligarán á ceder.

Pelayo nada contestó, pero siguió á sus guardias y salió de la estancia del rey moro volviendo tristemente á su calabozo.

Allí permaneció todo el dia sin que nadie viniese á consolarle ni á calmar su padecer.

Dos ó tres veces buscó entre las pajas y por los rincones del calabozo, si habia un pedazo de pan olvidado allí para aplacar su hambre: dos ó tres veces tambien movió el viejo cántaro por si aun podia en él humedecer sus labios, abrasados por la sed.

(Concluirá).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.